

XVII Domingo del Tiempo Ordinario  
Homilía de Monseñor Carlos Castillo  
25/07/21

Querido Sr. Jean Pierre Combe, alcalde de Santiago de Surco; Señora Sandra Esquivel de Combe, Presidente del comité de damas de Santiago Apóstol; Señor Carlos García, Gerente Municipal de Santiago de Surco; Comandante de la Policía Nacional del Perú, Leonardo Vázquez; Jefa del Centro de Salud, Dra. Úrsula Paredes Martínez, Jefe de los bomberos, brigadier Dager Oyola Vela; Don Carlos Torres Aguilar, Director del Colegio Parroquial Santiago Apóstol; Hermana Clara Benavides, Superiora General de las Misioneras de Nuestra Señora del Pilar y Santiago Apóstol; hermanos y hermanas:

Hoy día venimos a celebrar en esta Iglesia los 450 años de su existencia, que nació como una reducción de indios, y que muy probablemente, toda esa construcción ha contado con el esfuerzo de ese sector de peruanos que ya en esa época eran reducidos para poder hacer, en parte la evangelización, en parte el servicio al mundo colonial, a través del trabajo en diversos lugares y posiciones económicas de los conquistadores. Sin embargo, ha nacido aquí la fe y esa fe es la que nos reúne hoy día.

Y nos reunimos en torno a San Santiago, patrón de España, y esto es muy importante porque, por una parte nos sentimos unidos al ancestro español que también tenemos en el Perú unido a las tradiciones de nuestro pueblo, como también estamos invitados a profundizar en el sentido de esta religiosidad que nos hace tener especial atención a la manera de ser del apóstol.

Pero a nosotros nos interesa la manera de ser del apóstol Santiago según la fe, como dijo el Papa hace un año en la fiesta de San Pedro y San Pablo: “Estamos celebrando la fiesta de un pecador”. Eso lo podemos notar en la espada que lleva. Era una persona violenta.

El Señor decía que Juan y Santiago eran los ‘hijos del trueno’, así les llamaba, los “boanerges”. Quiere decir que, por más que veamos hoy día, en el precioso Evangelio que hemos leído de Juan (6, 1-15), hijo de boanerges también, ambos hijos de Zebedeo, y hermano de Santiago, vemos la dulzura con que escribe y nos hace ver que si hay algo importante en la fe es cómo nos cambia, cómo nos transforma.

Y así también hizo Jesús con Santiago, lo que pasa es que, a veces, podemos quedarnos con las actitudes humanas o los rasgos de personalidad de los santos, sin considerar que el Señor las señaló en sus apóstoles para transformar. Y en vez de transformarnos según lo que el Señor va haciendo de nosotros, nos quedamos en las costumbres. Y entonces, como sucede muchas veces en el genio de hermanos de tradición española y sus distintas nacionalidades internas, existe frecuentemente ese genio colérico fuerte que vemos en ellos muchas veces. Lo decía Bartolomé de las Casas de si mismo, afirmando que el era de genio colérico, y que el Señor por medio de la fe había operado en el su conversión que consistió, en haber aprendido a ‘encolerizarse’ contra las injusticias, para aprender a aparecer más bien dulce en la evangelización. Él escribe un libro que se llama: “Del único modo de atraer a todos los pueblos la verdadera religión”, en donde dice una cosa muy importante: el único modo de anunciar el Evangelio es la suavidad. ¡Quién esperarí­a que dijera eso un colérico!

Nosotros hemos venido hoy día para escuchar del Señor su mensaje, de cómo podemos cambiar y mejorar como somos. A veces pensamos que el cristianismo es un conjunto de costumbres que hay que seguir a rajatabla, unas normas que hay que obedecer y cumplir rigidamente, y que si se cambia algo, entonces ya no se es cristiano. Eso nos puede llevar a una cosa terrible: a la ideología dentro del catolicismo. Y puede hacernos olvidar la grandeza que tiene el amor de Dios, por lo que terminamos haciendo un cristianismo sin amor.

Por eso el Concilio Vaticano II subrayaba ya en el año 62 al 65 del siglo pasado que está más cerca de Dios el ateo que ama que el cristiano que no ama.

Y justamente, hoy día, el Señor educa a sus discípulos en este texto que hemos leído tratando de que puedan comprender cómo ser creyente verdadero. Están ante la multitud y el Señor les pregunta: ¿Dónde compraremos panes para que coma esta gente? La sensibilidad de Jesús es tan grande que quiere darles de comer, pero conoce que en sus discípulos hay un problema: tienden a reducir el amor a un problema económico, la compra. “¿Dónde compraremos?”. Dice el texto que “dijo a Felipe para tentarlo”, porque lo conocía como era. Y entonces, dice Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer a toda esta gente? Y es que dice que 200 denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo. 200 denarios, más o menos, son 1600 soles, no va a alcanzar para tanta gente, que son 5000 personas o más.

Este es un criterio muy propio de las personas fuertes, podríamos decir, dominantes, de los ‘hijos del trueno’. Y el Señor sabía que, entre sus discípulos, Él no había llamado a gente fácil, había llamado a pecadores. Los conocía bien. Y había que ir pasando poco a poco, pedagógicamente, ayudándolos a comprender el amor.

Así somos nosotros también, venimos de distintos horizontes culturales, mucho más en nuestro país tan difícil, en donde tenemos diversidad de personas, nadie nace solo dulce y amoroso. También somos amorosos y dulces, pero también tenemos la otra parte, que es la que el Señor quiere ir humanizando, haciendo verdaderamente humana y verdaderamente cristiana.

Entonces, acá hay, para Felipe, un problema económico. Para el Señor los problemas económicos tienen un fundamento mucho mayor que están basados en el amor. Y luego, uno de ellos, Andrés, va a decir: “Acá hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces. ¡Pero qué es esto para tantos!”. Otra razón

para no amar: la escasez. En primer lugar, la economía, y luego la escasez, la falta, la carencia y el pesimismo ante la escasez.

Estos días que hemos vivido tantos problemas en nuestro país, sobre todo con la pandemia y con el hambre de la gente, yo quisiera que recordemos que todos nosotros, en todo el país, nos hemos movilizado con gran corazón. Y eso es un valor muy grande que tenemos que acentuar como el principio fundamental de nuestra fe: la solidaridad, la fraternidad, el ayudarnos, el servir. Y esto, que sabe el Señor que existe en sus discípulos, pero que está 'taponeado' por estos caracteres especiales como el de Santiago - no se olviden de que Juan es hermano de Santiago, o sea, que también era 'hijo del trueno' - Y Juan escribe este texto para mostrar cómo el Señor los fue trabajando desde dentro. Y entonces el Señor, hace varios gestos que tiene mucha importancia porque nos expresan la delicadeza que tiene el Señor, especialmente con quienes más sufren, y con ella suscita y enseña como amar.

Dice el Evangelio de Juan que la gente lo seguía porque veían sus signos de sanación, y quería de alguna manera, participar de esos signos, como sucede siempre que hay una persona buena, honesta, generosa, y entonces todos van detrás. Dice que había mucha hierba en aquel sitio, se sentaron y sólo los hombres era unos cinco mil. Y se sentaron porque Jesús ordenó: "díganle a la gente que se sienten". Este primer gesto nos muestra la delicadeza de nuestro Dios y la delicadeza de Jesús que viene a revelarlo. Todos comemos sentados. Normalmente a los pobres los vemos en las calles - ahora no tanto, porque las calles se desertificaron, pero los volvemos a ver ahora que están volviendo las posibilidades de salir - la gente se gana el pan diariamente y come de pie. Pues el Señor quiere que coman como toda persona humana, por eso dice que se sienten. Los trata como somos: personas humanas respetables, no despreciables. Luego toma los panes y hace la acción de gracias, cosa muy importante, porque no considera el pan objeto de la economía, del trabajo y del esfuerzo humano, sino un don de Dios, una gracia. Por eso le da gracias a Dios, porque inclusive si nosotros trabajamos duramente y conseguimos muchas cosas, todo

lo que tenemos y somos nos ha sido **dado**. Y por lo tanto, nuestro esfuerzo está llamado a ser donado gratuitamente también para no vivir en la lógica de la compra y de la venta. Y esa es la gran esperanza de que la humanidad algún día sea sólo gratuidad, solo generosidad.

“Luego de dar las gracias a Dios, los repartió a los que estaban sentados, lo mismo hizo con el pescado y les dio todo lo que quisieron”. Y se saciaron, además sobró. A esto que le llamamos el milagro de la “repartición” de los panes, en realidad, es el milagro de la *compartición* del pan. Uno cuando comparte, no solamente se deleita sino que también sobra. Y este principio nuevo que es el fundamento de todas nuestras vidas, de todo nuestro ser, es el que fue ganando progresivamente a los discípulos, entre ellos también a nuestro querido Santiago, que al final pasó por el cuchillo que él, cuando era impetuoso, pensaba usarlo.

Hay un famoso texto de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que le dicen a Jesús que unas personas no lo habían querido recibir, porque iba a Jerusalén, eran unos samaritanos. Y le dicen: “Señor, ¿quieres que pidamos un rayo del cielo y los parta?”. ¿Ven ustedes el genio que tenían? Era sectario, era ‘sólo mi grupo’, y entonces, si a ti te hacen daño Señor, yo te defiendo y los mato. Justamente nosotros estamos para avanzar como en el proceso de conversión de Santiago. Yo quisiera pedirle ahora a esta comunidad que ya tiene 450 años de tradición creyente, que estén dispuestos a ir modificando progresivamente su manera de ser cristianos, sus costumbres, abrirse a poder modificar las cosas que hacemos en función de que el amor brille en todas nuestras actividades. Lo digo porque muchas veces en la religiosidad se van pegando costumbres una tras otra y no todas son buenas.

En ese sentido, en toda la Diócesis estamos haciendo el proceso sinodal, que comenzamos el año pasado y al que asistieron las parroquias distintas, luego interrumpido por la Pandemia, pero que estamos buscando unirnos a la gran asamblea de todas las iglesias de Latinoamérica que se celebrará en noviembre en la Basílica de

Guadalupe, en México. Y después de eso, se desarrollarán en toda América Latina los planes pastorales de cada Iglesia para modificar todo aquello que haya que modificar según las necesidades que vamos a escuchar de parte de todos los que ya están diciendo su palabra a través de las redes, para vivir como una Iglesia que sea signo de esperanza, para ser más fieles al Señor y seguir ese camino dulce, sencillo, amoroso, pero profundo y verdadero.

Por eso, hermanos y hermanas, el punto esencial está en renunciar a una perspectiva de poder, de dominio, de maltrato, de violencia, de odio, que en el último tiempo también nos ha influido demasiado. Es necesario ver a la persona, a las personas, todas tienen sus ideologías, pero lo importante es ver como se pueden solucionarse problemas si abrimos el corazón todos. Y eso hoy día nos lo dice el Señor, porque cuando vienen a hacerlo rey, el Señor huye a la montaña a orar. También nosotros huyamos de la pretensión omnímoda y absoluta de poder, que finalmente destruye a todos y no construye una Patria feliz.

Al iniciar esta semana de la Patria, les deseo a todos ustedes unas felices fiestas llenas de esperanza, llenas de profundización en el misterio de Dios que nos acompaña, que no nos abandona, inclusive si somos 'hijos del trueno'.

Amén.